



Colmenar Viejo



I CERTAMEN RELATO CORTO

Ligero de equipaje
Virginia García Galindo

Collioure, 22 de febrero de 1939

Querido hermano,

Hace bastantes días que no tengo noticias tuyas y me preocupo al pensar que algo te hubiese podido ocurrir, el calabozo no es lugar de descanso ni para el que está ni para el que espera fuera. Como no tengo manera de calmar esa inquietud ya que estoy a muchos kilómetros de donde tú te encuentras, voy a intentar darle a esta carta la normalidad que, durante estos años de guerra, no tiene la vida en España. Aquí, en la villa, todo está relativamente tranquilo. Estar cerca de la frontera está ocasionando que muchos de los que conseguimos pasarla acabemos aquí o en los pueblos de alrededor. Y de eso precisamente te quería hablar.

A finales de enero, llegó una familia al hotel *Bougnol Quintana*, la familia Machado. Dos hombres y una mujer. Hermanos ellos y la mujer, la madre de ambos. Ya tienen sus años y parece que, a uno de ellos, sobre todo, la huida hasta aquí no le ha sentado nada bien. Por su aspecto diría que son gente de dinero porque los trajes que llevan no han sido confeccionados para lucir así, de eso estoy seguro. Todas las mañanas, los hermanos bajan juntos al puerto.

Vienen con la misma ropa; un aseo de palangana, agua, jabón verde y poco más. La madre nunca les acompaña. Es más, yo diría que está enferma pero ya sabes que siempre tengo mal ojo para eso de las enfermedades; si no, acuérdate de las fiebres que padeció nuestro querido hermano y de las que yo no fui consciente hasta que resultó ser demasiado tarde. Pero ese no es el motivo de mi carta, pues sigue siendo una herida abierta por la metralla del destino y siempre vuelvo a mis cuitas con facilidad. No hay peor guerra, hermano, que luchar contra uno mismo.

Se llaman José y Antonio y tienen otro hermano que se llama Manuel. Igual que nosotros, solo que nuestro hermano está muerto. José me ha dicho que su hermano es escritor y que él se dedica a la pintura. Yo ya lo sabía, esta villa es pequeña y andamos ávidos de noticias sencillas. Trabajan con las manos, igual que nosotros. Ellos tejen colores y palabras, tú tejes esperanzas de un nuevo país y yo, redes de pesca. Todos vivimos atrapados, da igual el carcelero. Suelen bajar temprano desde el hotel hasta el puerto por la rue que da a la playa (es una de las primeras palabras que aprendí a decir al llegar a Francia). Cuando los veo bajar, aprovecho para fumarme un cigarro y charlar con ellos. Margot, la cocinera del hotel en el que se alojan, me ha dicho que uno de ellos es escritor y fue entonces cuando decidí

acercarme a conocerlos. Ya sabes que siempre me gustó la escritura y la lectura aunque me falte la principal herramienta, saber hacerlo. Me voy defendiendo gracias a Margot que transcribe con paciencia las cartas que le dicto y estoy seguro que las endulza como hace con mi vida. Sus abuelos y su madre son españoles y me han acogido como una familia. Solo te escribo a ti y espero que tu silencio no sea augurio de un final que no deseo.

Antonio y José, se sientan siempre cerca de la escollera, en las primeras rocas que dan a la playa que a esas horas suele estar muy concurrida con pescadores y niños. Frente al mar, Antonio deja pasar las horas y escribe notas que luego desecha y José emborriona alguna hoja de su cuaderno de dibujos. Las calmas de enero... como las llamaba madre, ¿te acuerdas? El mar en calma y el agua pidiendo permiso tímidamente para romper el silencio al llegar a la orilla. *Estos días azules son los mismos que los de nuestra infancia.* Eso dijo Antonio ayer o algo parecido. Y yo pensé que también de la nuestra, querido hermano. Había permanecido callado durante un buen rato mientras José y yo charlábamos sobre los vientos y el color del mar y, bruscamente, Antonio nos interrumpió.

—Estos días azules y este sol de la infancia... —dijo, con la mirada del que sabe que es la última vez.

Callamos y lo observamos durante unos segundos, sabiendo que aquellas palabras no iban dirigidas a nosotros, supimos guardar silencio como se guarda silencio ante la muerte. Su aspecto había ido deteriorándose día tras día y solo la contemplación del mar le daba a su rostro la vida que la enfermedad le estaba quitando. Ayer la balanza se inclinó demasiado hacia lo inevitable y Antonio quiso volver al hotel mucho antes de lo que solían hacerlo. Clavó el bastón en la arena y, al no poderse incorporar del todo, comenzó a tambalear. José se levantó precipitadamente a ayudar a su hermano. En ese titubeo, Antonio abrió la mano en la que llevaba un trozo de papel arrugado y se agarró al brazo de José evitando así la caída. Un trozo de papel en el que había escrito unas notas unos minutos antes y que había arrancado de la libreta con la torpeza de quien está agotando su tiempo en este mundo. Me agaché a recogerlo antes de que el agua o la arena lo perdiera para siempre y me acerqué a Antonio para devolvérselo. No pude leerlo. No supe leerlo.

—Tome, Don Antonio, esta nota es suya.

—Gracias, Tomás. Guárdemelo en la chaqueta, si es tan amable. No llevo nada en los bolsillos, voy ligero de equipaje —dijo mientras me señalaba, con la mano en la que llevaba el bastón, uno de sus bolsillos descosidos.

—Pues ahora lleva usted esa nota con lo que sea que ha escrito, Don Antonio.

—Palabras para mi hermano —pronunció Antonio como una melodía de despedida.

Hoy no han venido al puerto. Y estos días azules y este sol de la infancia me han recordado que hay viajes de los que nunca regresamos.

Espero el reencuentro. Te necesito hermano,

Tomás

